

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Analhi Aguirre
missanalhi@gmail.com

“Yo soy una persona trans”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 62, octubre-diciembre de 2022, pp. 37-41.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Casi todas las mañanas me cruzo a mi vecina. Desde la primera vez que nos saludamos me di cuenta de que es una persona trans. Es necesario que aclare: a partir de que me encontré con mi homosexualidad, siempre me sentí atraída por hombres (biológicos) que se travestían en su casa, para el *show* o, simplemente, se sentían mujeres. Nunca estuve segura de por qué esta atracción era tan fuerte para mí. Es cierto que lo estético me fascina, pero más me fascina el misterio que hay detrás de esa estética.

Luego de mis aventuras emocionales e intelectuales con los textos de Paul B. Preciado (hoy es mi gurú de cabecera) y mis mínimas incursiones con la genial Virginie Despentes, me parece ver todo más claro en mis sensaciones eróticas de cuerpo-género. Salvo que debo hacer una indicación imprescindible para este escrito antes de comenzar a explayarme sinceramente: para mí, la cuestión trans va más allá de un cambio de sexo o género. Según mi humilde opinión, diría nuestra amada –y no tan lejana en este contexto queer– Sor Juana Inés de la Cruz, lo trans se refiere a una transición, a un cruce, a lo Preciado, pero no solo pensando en el sistema sexo-género de Gayle Rubin, sino, más bien, ampliándolo a un sistema que contenga todos los componentes que tiene un cuerpo-género: raza, clase social, nacionalidad, territorio viviente,¹ educación perpetua, lengua en absoluto y deslumbrante movimiento.

Si en la cuestión de los géneros y su performatividad el problema es el cuerpo, en este caso al que me refiero el conflicto está en la llamada identidad. ¿Cuál es mi identidad si nací en Canadá, viví casi toda mi vida en Argentina y ahora hace más de una década que vivo en México? ¿A qué clase social pertenezco si cuando estuve con mi primera familia teníamos

YO SOY UNA persona trans

Analhi Aguirre

El cuerpo es todo: sexo, género, y a su vez estas dos categorías están atravesadas por la raza, la clase social, la etnia, como bien nos enseñó Amy Kaminsky. Se trata de un juego de muñecas rusas, en su versión poliédrica.

escasos recursos para transcurrir y ahora estoy casada con una chica rica de la Ciudad de México? ¿Qué identidad tienen mis hijos, que nacieron del óvulo de mi pareja, fecundado por un donante de La Habana, Cuba, que había dejado su esperma en la Ciudad de México? ¿De qué raza somos en mi familia, la que he formado sola? ¿Qué clase social ocupamos? ¿A qué territorio viviente pertenecemos del todo? ¿Cómo sucede la educación de mis hijos con dos mamás de países distintos? ¿Qué lengua hablaremos: español mexicano, argentino o todo mezclado?

He hecho todas estas preguntas que no tienen una respuesta o, por lo menos, una respuesta única. Mi familia es trans. Yo soy una persona trans. Desde mi punto de vista, por tres razones principales. Primero, como afirma Dora Barrancos: a esta altura somos más cultura que biología.² En segundo lugar, al menos yo me cuestiono y busco nuevas posibilidades de ser

persona viviente, como dice Preciado. Por último, no existe nadie en el mundo, me atrevería a aseverar, que sea absolutamente homogéneo. Quizás sí hay gente que no cuestione su condición en este mundo; pero lo cierto es que ninguna de nosotras (las personas) es del todo uniforme.

Justo en el prefacio de *Cuerpos que importan*, Judith Butler esclarece que “concebir el cuerpo como algo construido exige reconcebir la significación de la construcción misma” (2018, 14). Esta cita me parece fundamental. El cuerpo es todo: sexo, género, y a su vez estas dos categorías están atravesadas por la raza, la clase social, la etnia, como bien nos enseñó Amy Kaminsky. Se trata de un juego de muñecas rusas, en su versión poliédrica.

Aunque las categorías, las etiquetas, aparecen como determinantes, incluso desde las comunidades y academias más fluidas, la perspectiva de la teoría queer en

las voces de Butler, Preciado y del transfeminismo son posturas que considero no solo coherentes, lógicas respecto al ser humano como tal, sino también portadoras de la comprensión de quiénes somos y, por supuesto, la paz. Lograr comprender el mundo en que vivimos desde esa lucidez tan clara y, a la vez, ¡que lógica!, se torna una instancia para tener un cimiento de bienestar sin (tanta) violencia.

Denuncia Preciado en su –indispensable para entender este debate– *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce* (2019):

La masculinidad y la feminidad, la heterosexualidad y la homosexualidad no son entidades ontológicas, no existen en la naturaleza con independencia de relaciones sociales y redes discursivas, y por tanto no pueden ser objeto de observación empírica. Son el efecto de relaciones de poder, sistemas de signos, mapas cognitivos y regímenes políticos de producción de la vida y la muerte. La anatomía no puede ser el fundamento sobre el que se apoyen las agendas políticas y los juicios morales, puesto que la anatomía (un sistema de representación históricamente fabricado) es en sí misma el resultado de convenciones políticas y sociales cambiantes (72).

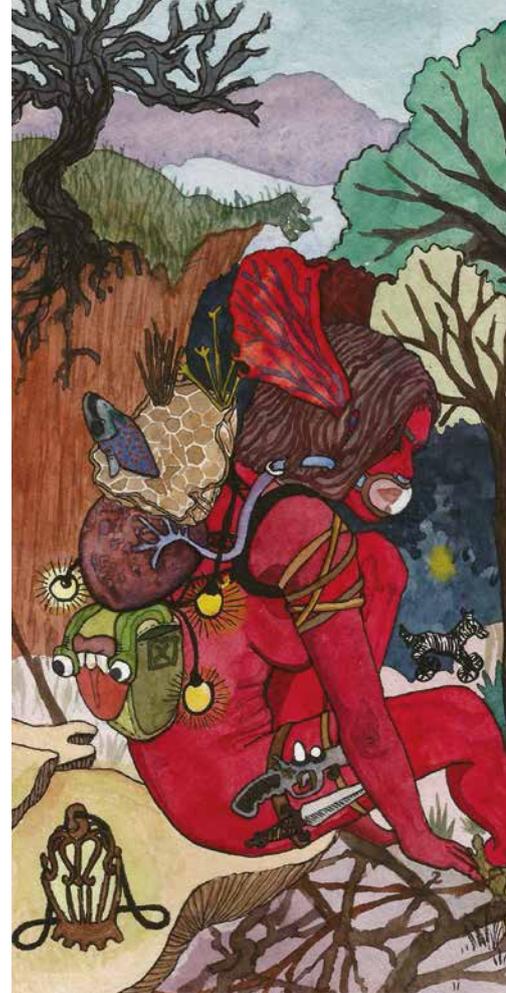
¿Cómo proceder frente a cuerpos-representaciones-causa-consecuencia? ¿Qué hacer con nuestros juicios y prejuicios que, por supuesto, igualmente son porciones de nuestro cuerpo parte del sistema sexo-género-raza-clase social-territorio viviente-lengua hablada? Aquí es cuando es preciso indicar que, a pesar de que parezca de más señalarlo, no se trata de un sistema “propio”; ya sabemos que somos el efecto de relaciones de discursos de

poder que zanja las biopolíticas³ vigentes. Entonces, ¿cómo no plantearse qué, cómo y quiénes somos como cuerpos vivientes?

Entre los factores que atraviesan el género mencioné la nacionalidad. No lo hice para referirme al origen de nuestros cuerpos. Este estatus es decisivo en la vivencia de cualquier persona. Un documento de identidad, un pasaporte, un permiso de trabajo son instancias legales que tienen que ver con una nacionalidad, con tener la ciudadanía de un lugar, con poder o no poder trabajar, con ser migrante o inmigrante, y de nuevo, en un cuerpo en el sistema sexo-género. Tengo un pasaporte canadiense, un documento de identidad de extranjería en Argentina y un permiso de trabajo mexicano. Estamos hablando de estatus legales, de ficciones políticas⁴ que nos dejan ser o no ser, vivir o morir.

Me pregunto, ahora, cómo ha vivido, cómo vive hoy mi vecina este entramado biopolítico factual, heteronormado y criminal. Un domingo me la crucé, pero en otra parte de nuestra zona. Nos saludamos, siempre amables, y le pregunté dónde iba. Para mi enorme (enormísima) sorpresa, me contestó que iba a misa. Nada más disonante en mi sentido de esta vida activista que llevo. ¿La iglesia? Otro día, también para mi enorme sorpresa, me contó que sus hijos ya estaban grandes, no como los míos, que eran unos niños. ¿Hijos? ¿También tiene hijos? ¿O, quizás, en mi apertura no me imaginé jamás que mi vecina fuese madre? ¿O padre? ¿O las dos?

Me casé porque, si no, era imposible que legalmente mis hijos fueran mis hijos en la Ciudad de México, donde habitamos. Eso implica que, al tratarse de una ley territorial, dejo de ser su mamá en un territorio donde no sea legal el matrimonio en personas del mismo sexo. Si yo no fuese su madre legal,



no podría firmar ningún documento que signifique salvar sus vidas, como una intervención quirúrgica, o que me permita simplemente irlos a buscar a la escuela, o sacarlos del país.⁵ ¿Cómo se manejará con esto mi vecina?

Resulta que mi pareja fue presidenta de mesa en una votación de aquí del barrio. Me contó que nuestra vecina, presuntamente trans, votó con una identificación que tenía un nombre de mujer biológica. Ahora sé que ella se llama Leticia. Sin embargo, cada vez somos más amigas y empiezo a dudar si tiene un cuerpo de hombre o no. Me doy cuenta de que ya no me importa, ¿no me importa? ¿O me acerqué a ella porque supuse que era una mujer trans? Y aún más, ¿qué hubiese pasado si en lugar de tener una vecina trans hubiese tenido



Antilope: Autorretrato armada en el bosque

un vecino trans? Esos son mis discursos de poder naturalizados, incrustados en mí.

Esta sensación intelectual y emocional sobre el sexo de mi vecino/a me hizo sentir una hipócrita, que se generaba lazos con la gente solo por experimentación, por conocer, hasta por una ambición de erudita. ¿Por qué mi vecina me saludaba tan amorosamente? ¿Porque se sabía que yo era lesbiana o incluso trans?

Si no me torturo tanto con mis decisiones de querer ser amiga de una mujer trans, que además limpia un consultorio médico cerca de mi casa, pienso que en realidad lo hice porque ella ha pasado por cosas similares a mí: discriminación, violencia, mucho dolor y, luego, reivindicación, concordia, felicidad.

Y eso es lo que más nos une como experiencias, como acontecimientos.

¿Cómo proceder frente a cuerpos-representaciones-causa-consecuencia? ¿Qué hacer con nuestros juicios y prejuicios que, por supuesto, igualmente son porciones de nuestro cuerpo parte del sistema sexo-género-raza-clase social-territorio viviente-lengua hablada?

De igual manera que me conmovió el texto de Preciado sobre el suicidio de Alan y la búsqueda de un colegio ideal para él o, asimismo, la vida de Despentés con su supervivencia, decodificación de una violación.

Me gusta la idea del acontecimiento, como lo explica Giulia Colaizzi, donde los cuerpos se escriben en un discurso histórico. Aunque Colaizzi dice “inscribir”, uso deliberadamente el verbo “es-

cribir”, ya que la autora misma se refiere al acontecimiento como un signo. Apunta: “podemos decir que un acontecimiento solo puede concebirse y entenderse en tanto parte del lenguaje como proceso de devenir” (2006, 22). Estas anotaciones están muy cerca de la teoría queer.

El sistema sexo-género, con sus clases sociales, raciales, étnicas, también es un lenguaje, más que probado por Butler. Aquí



Helena Neme: *Explorarnos*

me permito enlazar la situación de este mecanismo, dirigido por discursos de poder, como una experiencia, palabra que se une a la de Colaizzi. Me interesa ser un devenir, una experiencia, un acontecimiento, y que mis hijos también lo sean, que la humanidad lo sea. Y, sí, claro que ya lo somos, pero, quiero decir, o, mejor dicho, esclarecer que lo que me importa es que así nos pueda percibir la mirada panóptica todopoderosa para que ella misma desaparezca. Al concebirnos de otra manera, no será necesaria su existencia.

Estoy cansada, hasta la fobia, de ver cómo casi todos los hombres (biológicos, juzgo) se cortan el pelo; y las mujeres (biológicas, asumo) se lo dejan largo. ¡Qué marca tan despiadada de género nos han impuesto! ¿Hasta cuándo cómo nos vemos o cómo aparentamos ser, que es

casi lo mismo, nos va a condicionar, nos va a decir cómo debemos morir?

Definitivamente, adhiero al *Manifiesto contrasexual* de Preciado, en cada uno de sus artículos, pero sobre todo al Artículo 1, que podría englobar a los demás: “Los códigos de la masculinidad y de la feminidad se convierten en registros abiertos a disposición de los cuerpos hablantes en el marco de contratos consensuados temporalmente” (2011, 60). Igualmente, y con bombos y platillos, me sumo a esta declaración fundante que hace el autor en las crónicas del cruce en el final:

Nuestra mayor urgencia no es defender lo que somos (hombres o mujeres) sino rechazarlo, desidentificarnos de la coerción política que nos fuerza a desear la norma y a repetirla. Nuestra praxis productiva es

desobedecer las normas de género y sexuales. Después de haber sido lesbiana la mayor parte de mi vida y trans los últimos cinco años, estoy tan lejos de vuestra estética de la heterosexualidad como un monje budista que levita en Lhasa lo está del supermercado Carrefour (309).

Creo que mi vecina ya es un monje budista que no tiene nada que ver con un espacio carrefouriano. La aplaudo, la admiro, sin importarme ya qué ficción ocupa. Asimismo, soy consciente, confirmo que todas las personas, si las miramos con la lupa normativa heterosexual, son trans, empezando por mí.

Yo soy una persona trans antes, incluso, de haber nacido. Soy un clásico de muchas familias: mi mamá y papá pensaron (¿o desearon?) que yo era (fuese) un varón. Vaya a saber por qué. Repensar-

nos como un eterno devenir, un acontecimiento, una experiencia nos revela otra forma no solo de vivir, sino también de relajarnos y comprender que hay que ayudar a que lo que venga sea así. Preciado, Despentes son dos de las grandes personas que se dedican a exponer que hay que estar, ser de otra forma. Los axiomas son más que evidentes.

Ahora, nos queda leer con cuidado, aceptar con certeza y vivir con más amor. Eso sí, sin perder en ningún momento ni las fuerzas ni la sabiduría de luchar contra nuestras propias construcciones. Más bien, se trata de aprender, desidentificarse y volver a ser. **LPyH**

NOTAS

¹ Me refiero a “territorio viviente” como a un espacio que se vive, que se habita. El adjetivo “viviente” lo tomo de Preciado.

² Barrancos explica que la identidad “está en perpetua negociación, y los seres humanos solo pueden resultar ‘sujetos nómades’: les es propia la condición migrante en estado de apertura, como propone Rosi Braidotti” (2012, 88).

³ ¿Acaso no podríamos inscribir en este cuestionamiento la posible creación por parte de estas redes biopolíticas y criminales de la Covid 19?

⁴ Preciado da cuenta de estas ficciones cuando relata, en *La destrucción fue mi Beatriz*, cómo tuvo que morir legalmente para volver a nacer legalmente.

⁵ Cuando fui de viaje sola con mis hijos de México a Argentina, tuve pánico de hacer escala en un país donde pudieran cuestionarme la maternidad, aun con mi nombre en sus pasaportes. Por eso, decidí que haríamos un vuelo directo, pues en el país de partida y de llegada soy legalmente su mamá.

REFERENCIAS

- Barrancos, Dora. 2008. *Mujeres entre la casa y la plaza*. Versión Kindle.
- Butler, Judith. 2018. *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós.



Johnnie C'alladhan: *Overheated*

Colaizzi, Giulia. 2006. *Género y representación. Posestructuralismo y crisis de la modernidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.

De Lauretis, Teresa. 2015. *Género y teoría queer*. Disponible en: https://www.academia.edu/43215981/G%C3%A9nero_y_teor%C3%ADa_queer_Teresa_de_Lauretis.

Despentes, Virginie. 2006. *Teoría King Kong*. Versión Kindle.

Kaminsky, Amy. 1993. *Reading the Feminist Criticism and Latin American Women Writers*. Minnesota: University of Minnesota Press.

Preciado, Paul B. 2011. *Manifiesto contra-sexual*. Barcelona: Anagrama.

— 2019. *Un apartamento en Urano. Crónicas del cruce*. Barcelona: Anagrama.

Rubin, Gayle. 1986. “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”. *Nueva Antropología* VIII (30): 95-145. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/159/15903007.pdf>.

Analhi Aguirre es doctora en Humanidades con especialización en Teoría Literaria (UAM-Iztapalapa), Tiene maestría en Estudios Latinoamericanos, Literatura y Crítica Literaria (UNAM), y es licenciada y profesora en Lenguas y Literaturas Modernas (Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina).